

Cubijó (Fray Luis de León, Clásicos castellanos, xxxiii, 28): "Cobijar por cubrir".

Saborearse (Fray Luis de León, Clásicos castellanos, xxxiii, 34): "Gozarse, encontrar sabor o gusto en algo".

Traspasar (Fray Luis de León, Clásicos castellanos, xxxiii, 251): "Adelantar, aventajar".

El *Glosario* tiene las siguientes referencias erróneas al tomo III de los Clásicos Castellanos "La Lectura", de Garcilaso de la Vega: *Netar* referido a la pág. 93, se encuentra en la 94. *Lustre*, a la 115, está en la 116; "Cargar la mano", a la 18, está en la 20; *desbañar* a la 64, en la 63; *afllito* a la 93, está en la 39.

Los defectos anotados pueden explicarse por ser la labor del *Glosario* "hecha con intermitencias", según dice la *Introducción*. En todo caso, por tratarse de una obra tan interesante, que implica un arduo y paciente trabajo, es de esperar, que, como la autora lo desea, aparezca próximamente una segunda edición que complete la labor, la amplíe y la perfeccione.

CECILIA HZ. DE MENDOZA

JOSE NICOLAS DE LA ROSA, *Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la Ciudad y Provincia de Santa Marta*. (Biblioteca de Escritores Costeños. Vol. 1). Barranquilla, Publicaciones de la Biblioteca Departamental del Atlántico, 1945, 362 págs.

Una empresa de verdadera cultura nacional ha iniciado la Dirección de Educación Pública del Atlántico con la publicación de la Biblioteca de Escritores Costeños, cuyo primer volumen lo constituye la obra del Alférez D. José Nicolás de la Rosa, llamada como queda anotado.

El primer acierto de quienes tal tarea acometieron y que merece aplauso sin restricciones, es la escogencia del autor y el tema mencionados, por motivos que a nadie se le ocultan. El Alférez de la Rosa era un "español de nacimiento avencidado en Santa Marta", quien dedicó los ocios de su profesión militar a escribir una historia o crónica (monografía diríamos hoy) de la ciudad y provincia de Santa Marta.

Con muy buen criterio, a nuestro juicio, se ha salvado en este caso el prejuicio nacionalista, ya que los españoles y los americanos que escribieron sobre cosas nuestras en la Colonia, están tan íntimamente ligados por el espíritu y crean entre todos ellos con tan iguales medios la materia prima para el sociólogo de nuestros días. Suelen equipararse así ya por su valor histórico, ya literario, los escritos de un Jiménez de Quesada y un Joan de Castellanos, peninsulares, con los de los padres Zamora y Piedrahita, por ejemplo, criollos de la Nueva Granada. Además, en la época en que fue escrita la *Floresta* "el con-

cepto de la Costa en el sentido geográfico y regional en que hoy día lo entendemos, no se había formado”, como lo anota el docto prologuista señor Rafael de Andreis Lanao.

Por lo que hace a la obra misma, su contenido no puede ser más interesante. Es cierto que por el aspecto literario no podría tenerse en cuenta, pues como ya lo anota Vergara y Vergara en su admirable *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, el pésimo gusto de aquellos tiempos gongoristas, hacía estragos, tanto en el propio Alférez de la Rosa como en sus admiradores y comentadores oficiosos. Pero cuán distinto juicio ha de formarse el lector sensato en cuanto al contenido mismo y qué preciosa fuente para el historiador, para el naturalista y aun para el filólogo. Allí se encuentran valiosos datos para la cronología de gobernantes civiles y eclesiásticos, para la historia de la piratería en nuestras costas, fundación de ciudades, vidas de hombres notables como San Luis Beltrán o nuestro obispo Fernández de Piedrahita. Allí se describen minuciosamente y con curiosidad de botánico, plantas, flores y frutos americanos, lo mismo que animales de tierra, mar y aire y se intentan asimismo curiosas interpretaciones de nombres indígenas de ciudades o de tribus, como las de Río Hacha, Maracaibo, Acanayutos, Tupes y Motilonés. Claro está que a todo este acopio de datos ha de dársele un valor muy relativo y se exige un riguroso criterio de selección, dados el ambiente y la época en que fueron recopilados; pero no son en forma alguna desdeñables, pues el Alférez mencionado muestra no desconocer del todo sabios principios de crítica moderna y, descontadas su natural credulidad y sencillez, son muy dignas de tenerse en cuenta sus informaciones, conseguidas muchas veces de primera mano y otras de fuentes muy allegadas al campo de sus observaciones y relatos.

De la obra en cuestión existían, antes de esta, tres ediciones, todas de muy difícil hallazgo. La primera, hecha en 1742, según parece por el propio autor, quien debió terminar su manuscrito hacia 1739, no 1789 como afirma, con manifiesta errata, la *Noticia Bibliográfica* de la que comentamos. La segunda edición, según observación del doctor G. Otero Muñoz, referida a Cejador ¹, fue hecha en Sevilla en el año de 1756. La tercera, que conocemos en el único y precioso ejemplar existente en poder del Dr. Uribe White, fue hecha en Valencia en el año de 1883. Es en esta edición en donde le fue añadida a la *Floresta* una lista de los Ilustrísimos Prelados que gobernaron la Catedral de Santa Marta hasta el año de 1820, continuando la que el Alférez de la Rosa dejó formada desde la creación de la diócesis hasta mediados del siglo XVIII. Y es también de esta edición de la que está tomada la cuarta, que aquí venimos comentando, hecha en Barranquilla en 1945.

¹ J. M. Vergara y Vergara. *Historia de la Literatura en Nueva Granada*, 3^a ed., Bogotá, 1931, pág. 349, nota.

En cuanto a esta última y por lo que a presentación tipográfica se refiere, es de advertir que la ortografía anterior se ha modernizado y que no posee todo el rigor que fuera de desear, ya que no menos de diez erratas se han escapado, subsanables en posteriores reimpressiones.

R. T. Q.

JACKSON KNIGHT, *Roman Vergil*. London, Faber and Faber, 1944, 348 págs.

En general, los escritores clásicos más conocidos, han dejado escondida su personalidad humana tras las obras que legaron a la posteridad. Y a esa posteridad le cabe la tarea de adivinar o mejor dicho investigar, que luchas y preocupaciones internas permanecen ocultas, sin aparecer en la exterioridad de la forma y que fenómenos ocasionaron la producción de la obra literaria. Todo eso envuelto en los graves problemas de época, ocasión, propósito etc. En lo que se refiere a Virgilio el problema se complica teniendo en cuenta la leyenda que ha ido tejiendo la fantasía a través de los siglos en torno a él y la enorme lista de biógrafos, comentaristas y traductores que hacen casi interminable la bibliografía referida al gran poeta. Esto nos dará la posibilidad de medir en toda su extensión la dificultad de escribir una obra *más* sobre Virgilio.

El libro *Roman Vergil* de Jackson Knight, publicado recientemente en Londres, —1943 primera edición, 1944 segunda— no es una obra *más* sobre Virgilio. Su importancia no radica tanto en destacar todos los elementos que juntos constituyen lo más importante en el complejo vida-obra del poeta mantuano, como en el hecho, de que tomando como fondo imprescindible todos esos elementos, traídos y llevados por todos los que de Virgilio se ocuparon a través de los siglos, hace resaltar lo más esencial, elevándolo al rango de preocupación científica primordial y única.

Knight estudia preferentemente los factores conscientes e inconscientes que influyeron en la formación de Virgilio. *El mundo antes de Virgilio y el mundo de Virgilio* es uno de los capítulos más interesantes y más logrados de toda la obra, si exceptuamos el que se refiere al lenguaje y al estilo. Ciertas bellezas de forma, ciertas imágenes, ciertas características y peculiaridades se nos aparecen, tan netamente como el resultado de lenta elaboración intelectual, que nos es fácil discernir lo que obedece a influjos de ambiente y lo que se ofrece como buscado y querido por el propio autor, dentro de la complicada evolución del pensamiento romano de su época.

En la pomposidad exuberante de los datos sobre este escritor entresaca lo que realmente tiene valor. Su vida se sitúa en el recodo de los tiempos. Grecia y Roma, política y filosofía, las consecuencias de las